

EL ORIGEN DE LAS COSAS

POR CAROLINA EDWARDS

LOS PRIMEROS
JUEGOS OLÍMPICOS

Según el historiador griego Pausanias, los Juegos Olímpicos fueron ideados en 776 a. C. por Heracles Ideo —Hércules en la mitología romana—, hijo de Zeus, el padre de los dioses, y de Alcmena, hija de Electrion, el rey de Micenas. Celebrados en el santuario de la villa griega de Olimpia, su finalidad era ante todo afianzar los lazos de amistad entre los habitantes de una región geográficamente fragmentada. Un evento religioso y deportivo que no solo promovía la estabilidad política de los diversos estados, sino que también proporcionaba un espacio donde las clases marginadas podían competir a la par con la nobleza en pleitesía a los dioses del Panteón Olímpico. Llevado a cabo cada cuatro años, cuando aparecía la primera luna llena en julio, el evento incentivaba a los más talentosos atletas de origen griego a competir por su pueblo natal, lugar donde eran luego proclamados héroes y recibían una generosa pensión

vitalicia. Eran cinco días de competitividad extrema, que comprendía las disciplinas de boxeo, hípica y pentatlón —lanzamiento de disco, jabalina, carrera, velocidad y lucha—, que se realizaban durante un intervalo sagrado de paz llamado *ekecheiria* —pausa en el tiempo que prohibía cualquier tipo de hostilidad entre los pueblos participantes—. A posteriori, los atletas eran evaluados por representantes del estado, funcionarios peritos en la materia que premiaban al vencedor con una corona olímpica hecha con ramitas de olivo previamente cortadas con un cuchillo de oro por un niño de 12 años cuyos padres aún debían estar vivos. Tradición deportiva y religiosa interrumpida por el emperador Teodosio en el año 393, por ser considerada una celebración pagana, y relanzada siglos más tarde con la inauguración de los primeros JJ.OO. modernos de Atenas, en 1896.

“Citius, Altius, Fortius”
 (“más rápido, más alto, más fuerte”)”
Lema de los Juegos Olímpicos

Lema de los Juegos Olímpicos



Crítica de ópera

Un “Rigoletto” que entusiasma y conmueve

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

El Teatro Municipal y su público necesitaban un título del gran repertorio construido con solidez, y este “Rigoletto” (Verdi) lo fue. Sobre la escena hubo un elenco correcto que llevó adelante con solvencia una partitura de enormes dificultades, mientras que la producción, controvertida, tuvo aspectos interesantes.

Roberto Rizzi-Brignoli fue un guía certero para este Verdi oscuro y trágico; su lectura fue tan poderosa como prolija, preocupada sensiblemente por las voces y su capacidad expresiva. Fue notable cómo afrontó el *crescendo* terrible del preludio, lo mismo que el cuarteto “Bella figlia dell’amore” y la difícil escena del último acto, cuando Gilda escucha, en medio de la tempestad, la siniestra conspiración de los asesinos. Contó con cantantes atentos, musicales y dotados, con un conjunto instrumental que respondió a la altura y un Coro del Teatro Municipal (dirección de Jorge Klastornick) en excelentes condiciones y participativo de la dinámica dramática.

Ya en el intermedio hubo comentarios en uno u otro sentido respecto de la dirección escénica de Christine Hucke y la producción, cuyos diferentes aspectos fueron encargados a Rebekka Dornhege Reyes (escenografía), Constanza Meza-Lopehandia (vestuario) y Ricardo Castro (iluminación).

En lo teatral, se observó un trabajo de actores atento al sentido de las palabras, a la música y a cómo los números de conjunto deben abrir paso a aquellos donde prima la intimidad. Visualmente, cada acto es muy diferente respecto del otro. El palacio del duque se presenta como una suerte de hotel *kitsch* en negro y oro, un espacio donde la mujer está cosificada. De hecho, no había mujeres en la fiesta ducal, salvo la bien dispuesta Condesa Ceprano, mientras que lo femenino se materializa en una escultura semidesnuda sin cabeza y varios pares de piernas que surgen desde una suerte de nichos/ventanales/vitrales alargados, en clara alusión fálica. De gran atractivo, en cambio, el cuadro callejero durante el encuentro nocturno de Rigoletto y Sparafucile, y el uso de transparencias para dar cuenta del camino por la ciudad de Mantua hasta la casa de Gilda, como también la escena del rapto, de alto impacto, con las manos desesperadas de la joven pidiendo auxilio. La casa propiamente es un módulo central y circular estrecho que, si bien funciona en términos teatrales, parece incómodo para el movimiento de los protagonistas y del coro. Más tarde, la taberna de Maddalena y Sparafucile, los delincuentes de la historia, es un carrusel macabro, de luces y terciopelo rojo, donde ella reina al modo de una gran cortesana veneciana. El cuadro final, en la ribera del Mincio, con la muerte de Gilda, ofrece un necesario momento de despojo y soledad, bello en términos de iluminación (Ricardo Castro), para el que está absolutamente de más hacer



“Rigoletto” tuvo un elenco correcto y solvente.

caer los nichos del inicio, como insistiendo que todo esto se debe a la brutalidad machista de la corte del duque, lo cual ya todo el mundo tiene bastante claro.

En suma, varias buenas ideas, pero faltó síntesis y unidad estilística, algo extensivo también al desconcertante vestuario.

El elenco fue liderado por el barítono español Juan Jesús Rodríguez, ovacionado, quien tiene una extensa carrera en roles de gran compromiso, como Nabucco o Rodrigo de Posa, y que exhibió una voz poderosa y bien timbrada, con gran proyección en el agudo y ricos centros y graves. La soprano rusa Aigul Khismatullina (Gilda) es una soprano ligera de poco caudal vocal, sensible y cuidadosa en lo musical; su mejor momento fue “Tutte le feste al tempio” y resultó conmovedora en la escena de la muerte, pero tiene mucho que avanzar todavía con este papel. El tenor peruano Iván Ayón-Rivas, muy aplaudido, posee una voz de indudable calidad y bello timbre, que seguramente situará su carrera en un buen nivel internacional, pero debe refinar su canto en términos de emisión de los agudos (muchos de ellos abiertos) y trabajar el *legato*. En especial en un papel como el del Duque de Mantua, que juega mucho con frases entre el pasaje y la zona aguda. Impecable, como siempre, la *mezzosoprano* Evelyn Ramírez (Maddalena), asertiva en lo dramático y en lo vocal: es una artista notable. Una revelación fue el bajo ucraniano Taras Berezansky, quien cantó al peligroso Sparafucile sin hacer ningún aspaviento teatral; es un cantante que hay que aprovechar antes de que se vuelva inalcanzable para las desmedradas arcaes del Municipal. Admirable la presencia escénica de Homero Pérez-Miranda como el noble y ultrajado Conde Montecarlo. Cumplieron a cabalidad con sus papeles Paola Rodríguez (Giovanna), Javier Weibel (excelente Marullo), Gonzalo Araya (Borsa), Marcela González (Condesa Ceprano), Cristián Lorca (Conde de Ceprano), Camila Aguilera (Paje) y Kevin Mansilla (Paje).

EN DISTINTOS ÁMBITOS:

El fructífero legado cultural de Malú del Río

Entre otros hitos, integró el directorio del Museo Chileno de Arte Precolombino y el consejo asesor del Teatro Municipal de Santiago. Gracias a su gestión, debutó en Chile el célebre bailarín Mikhail Baryshnikov y el histórico escenario de Agustinas adquirió un órgano.

MAUREEN LENNON ZANINOVIC

Tal como publicó este diario el día jueves, María Luisa del Río Fernández (1930-2023) —conocida como “Malú”—, viuda del expresidente de El Mercurio SAP, Agustín Edwards Eastman, dedicó buena parte de su vida a la difusión del arte y la cultura.

Entre otros hitos, impulsó la creación de Artequén que, en 2023, está cumpliendo tres décadas de existencia en el patrimonial edificio de la calle Portales. Pero su legado no se circunscribe a ese icónico espacio. También fue parte del consejo asesor del Museo de Arte Moderno de Nueva York (MoMA), de la Americas Society, del Teatro Municipal de Santiago, e integró los directorios del Museo Chileno de Arte Precolombino y de la Corporación de Amigos del Patrimonio Cultural.

Carlos Aldunate, exdirector del Museo Chileno de Arte Precolombino, destaca que el fundador Sergio Larraín García-Moreno la nombró miembro del directorio de este recinto de Bandera.

“Ella fue una de nuestras primeras directoras. ¡Un trabajo excelente! Nos ayudó mucho en la realización de nuestras exposiciones y en la gestión”. Aldunate añade que una propiedad ubicada en la calle Compañía, “que para nosotros es muy importante porque la ocupamos como bodega, la conseguimos gracias a la generosidad de la Malú del Río. Ella, además, todo el tiempo estaba muy preocupada. No iba a ver siempre”. Continúa con sus recuerdos y dice que “solía pasar por la tienda del museo y, para ayudarnos, compraba casi todo. ¡Eso era fantástico! (risas). A ella le encantaba regalar objetos de nuestra tienda. Fue un gran aporte y por eso, con el correr de los años, quedó como directora honoraria”.

Por su parte, Andrés Rodríguez Pérez, exdirector del Municipal de Santiago, rememora que Malú del Río fue “consejera del teatro por muchos años y luego miembro del comité asesor. Nos aportó mucho, con su cultura enorme y su conocimiento de la ópera y de los más grandes cantantes. En la Corporación Cultural de Santiago ella se sentía a sus anchas”. Rodríguez agrega que ayudó a con-



Al medio, en la ceremonia de la muestra “De Cézanne a Miró”. Cecilia García-Huidobro, exvicepresidenta ejecutiva de la Corporación del Patrimonio, destaca su “tremenda discreción y colaboración a la cultura”.



Consuelo Valdés y Malú del Río en el sitio paleoindio Monteverde.

ectar mucho de menos. Fue colaboradora de los Amigos del Museo y me tocó trabajar mucho con ella”. Assler concluye que “fue una persona que realmente conocía de arte. En Las Condes hubo una muestra de esculturas y yo participé por primera vez con mis esculturas blancas. Malú conoció mi trabajo y se lo mostró a coleccionistas”, expresa desde su residencia-taller en el Cajón del Maipo.

Consuelo Valdés Chadwick, arqueóloga y exministra de las Culturas, la recuerda como “sencilla, generosa, de gran calidad humana, llena de inquietudes de distinta naturaleza y siempre en sintonía con lo contemporáneo. A pesar de nuestra diferencia de edad, siempre la sentí muy cercana”.

También rememora que amaba la arqueología y que en el verano de 1979 invitó a Chile al famoso arqueólogo norteamericano Junius Bird, curador del Museo de Historia Natural de Nueva York. Ambas fueron a conocer la excavación en desarrollo entonces del sitio paleoindio Monteverde, del Pleistoceno Tardío, cercano a Puerto Montt, a cargo del arqueólogo Tom Dillehay. “Luego Malú me pidió que acompañara a Bird a la Patagonia pues él quería revisar los sitios que había excavado por la década del 30: las cuevas de Fell, Pali Aike y Cerro Sota. Ese verano del 79 realizamos también algunas prospecciones al norte de Punta Arenas y él intercambiaba con arqueólogos regionales teorías vigentes acerca del poblamiento de América y la importancia de nuestro extremo austral. Todo eso gracias al impulso y apoyo de Malú. Le estaré siempre agradecida por esas inolvidables jornadas que compartí con Bird”.

Feria de Frankfurt confirma a Filipinas como país invitado en 2025

Luego de la polémica por la decisión del exministro de las Culturas Jaime de Aguirre de rechazar la invitación de la Feria del Libro de Frankfurt a que Chile fuera el país invitado de honor en 2025, ayer, la organización alemana confirmó a Filipinas en ese sitio en dos años

más. El entredicho que provocó la postura de De Aguirre con el Presidente Gabriel Boric incidió en que la autoridad sectorial fuera removida en el reciente cambio de gabinete. Filipinas será el segundo país del sudeste asiático en llegar a Frankfurt en esta categoría, desde que en

2015 lo fuera Indonesia. El director de la feria, Juergen Boss, dijo que “para muchos de nosotros en Europa la literatura filipina sigue siendo terreno desconocido”, al tiempo que destacó que en la cita literaria podrá apreciarse la influencia de las 183 lenguas que se hablan en Filipinas.

MOLLER & PÉREZ-COTAPÓS
innovando desde la experiencia

ENTREGA INMEDIATA
Vitacura

SAN DAMIÁN DE VITACURA II

DESDE UF 21.136
Depto. N° 2501

mpc.cl